

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXV



C. S. I. C.
1995

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

TOMO XXXV



**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1995**

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños ..	13
Arte	
Una nueva obra de José de Churriguera: El monumento de Semana Santa del Monasterio de la Encarnación, por Ángel Aterido Fernández	19
Isidoro Arredondo, pintor madrileño del siglo XVII, por José Luis Barrio Moya	33
Los alarifes en Madrid en la época de Felipe II, por María Teresa Cruz Yabar.....	57
Velázquez, Mazo y José de Villarreal, en el proceso ceremonial para los desposorios de Luis XIV y María Teresa de Austria, por María José García Sierra.	101
La colección de platos metálicos alemanes, de función decorativa, del Museo Arqueológico de Madrid, por Fernando Olaguer-Feliú y Alonso.	119
El Cementerio de la Sacramental de San Martín, por Carlos Saguar Quer.	135
El informe del gobernador Juan Antonio Samaniego. Crítica al proyecto del palacio de Aranjuez en el siglo XVIII, por Virginia Tovar Martín.	145
La arquitectura para exposiciones en el recinto de las Ferias del Campo de Madrid (1950-1975) y los antiguos pabellones de I.F.E.M.A., por Ángel Urrutia Núñez.	177

Págs.

Las colecciones de pinturas, en Madrid, del noveno Duque de Alba Don Antonio Martín Álvarez de Toledo, por Matilde Verdú Ruiz	197
El programa iconográfico del desaparecido Monasterio de Nuestra Señora de la Merced de Madrid, por María Inmaculada Zaragoza Arribas.....	227
 Documentos	
Noticias madrileñas que ahora cumplen centenario, por J. del C.	243
 Geografía	
Ante una nueva edición de las relaciones topográficas madrileñas de Felipe II, por José María Sanz García.	253
 Geología	
Reseña de los materiales pétreos de la Casa de los Cinco Gremios Mayores, por Sandra Martín Moreno.	281
 Historia	
La capilla funeraria de Don Alonso de Castilla, obispo de Calahorra, en Santo Domingo el Real de Madrid, por Gregorio de Andrés Martínez.....	293
El Conde de Montalvo, corregidor de Madrid, por José del Corral.....	305
Festejos celebrados en la capital del reino con ocasión de la Jura de la Princesa María Luisa de Borbón en 1833, por Miguel Ángel López Rinconada y Manuel Muñoz Carabantes.	323
Un Cementerio Parroquial de pobres en el Madrid del siglo XVII, por Antonio Matilla Tascón.	353

Págs.

El acceso al oficio notarial en el siglo xv: La toma de posesión de Juan González de Madrid, por María del Pilar Rábade Obradó.	361
Del antiguo al nuevo convento de Santo Domingo el Real, por Alberto Rull Sabater.	389
Intervencionismo público y municipalización: Pan y subsistencias en Madrid (1898-1923), por Francisco Sánchez Pérez.	403
Sobre el motín Esquilache, por José Valverde Madrid.	423

Literatura

El archivo de los teatros de la Cruz y del Príncipe en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, por Ascensión Aguirri y Purificación Castro.	433
Las guías de forasteros de Madrid en el siglo XVIII, por Francisco Aguilar Piñal.	451
La Insula Barataria entre Arganda y Madrid, por José Barros Campos.	475
Madrid en el Portrait de L'Espagne de M. Legendre, por Luis López Jiménez.	491
Clero y lectura. Las bibliotecas de los presbíteros madrileños del siglo XIX, por Jesús A. Martínez Martín.	503
Valle-Inclán: Vida y Literatura, por José Montero Padilla.	521

Provincia

El Monasterio de el Paular. Propiedades de la Granja de Getafe siglos XV-XIX, por Pilar Corella Suárez.	535
Apunte Geográfico-económico de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio.	563
Pedro de Ribera remodela el puente del Retamar y construye el camino del Escorial por Colmenarejo, por Arturo Mohino Cruz y Anastasio Miguel Cuesta.	589

Págs.

Urbanismo

Colonia del «cuartel de la Montaña». Una planificación urbanística satisfaciendo intereses sociológicos y medio ambientales, por Luis Miguel Aparisi Laporta	595
Semblanzas de madrileños ilustres.	631

VALLE-INCLÁN: VIDA Y LITERATURA

Por JOSÉ MONTERO PADILLA

Vida y literatura intercambiables, más aún inseparables, confundidas, identificadas. Porque en Valle-Inclán todo fue literatura: su traza física, su vivir, sus anécdotas, su quehacer, su obra...

Autobiografía

Él mismo, en una temprana autobiografía que publicó a fines del año 1903 –cuando contaba, pues, treinta y siete años–, en una revista madrileña, confundía, mezclaba –más exactamente: identificaba– realidad y fantasía, hechos acontecidos y deseos, poesía y verdad:

«Éste que veis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra gudeja y luenga barba, soy yo: don Ramón del Valle-Inclán.

»Estuve el comienzo de mi vida lleno de riesgos y azares. Fui hermano converso en un monasterio de cartujos y soldado en tierras de la Nueva España. Una vida como la de aquellos segundones hidalgos que se enganchaban en los tercios de Italia para buscar lances de amor, de espada y de fortuna. Como los capitanes de entonces, tengo una divisa, y esa divisa es, como yo, orgullosa y resignada: “Desdeñar a los demás y no amargarse a sí mismo”.

»Hoy, marchitas ya las juveniles flores y moribundos todos los entusiasmos, divierto penas y desengaños comentando las “Memorias amables”, que empezó a escribir en la emigración mi noble tío el marqués de Bradomín. ¡Aquel viejo cínico, descreído y galante como un cardenal del Renacimiento! Yo, que en buena hora lo diga, jamás sentí el amor de la familia, lloro muchas veces de admiración y de ternura, sobre el manuscrito de las “Memorias”.

»Todos los años, el Día de Difuntos, mando decir misas por el alma de aquel gran señor, que era feo, católico y sentimental. Cabalmente yo también lo soy, y esta semejanza todavía le hace más caro a mi corazón.

»Apenas cumplí la edad que se llama juventud, como final a unos amores desgraciados, me embarqué para Méjico en “La Dalila”, una fragata que al siguiente viaje naufragó en las costas de Yucatán. Por aquel entonces era yo algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza. Creía de buena fe en muchas cosas que ahora pongo en duda, y, libre de escepticismo, dábame buena prisa a gozar de la exis-

tencia. Aunque no lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz: soñaba realizar altas empresas, como un aventurero de otros tiempos, y despreciaba las glorias literarias.

»A bordo de "La Dalila" –lo recuerdo con orgullo– asesiné a sir Roberto Yones (sic). Fue una venganza digna de Benvenuto Cellini. Os diré cómo fue, aun cuando sois incapaces de comprender su belleza; pero mejor será que no os lo diga; seríais capaces de horrorizáros. Bástenos saber que a bordo de "La Dalila" solamente el capellán sospechó de mí. Yo lo adiviné a tiempo, y, confesándome con él pocas horas después de cometido el crimen, le impuse silencio antes de que sus sospechas se convirtieran en certeza, y obtuve, además, la absolución de mi crimen y la tranquilidad de mi conciencia.

»Aquel mismo día la fragata dio fondo en aguas de Veracruz y desembarqué en aquella playa abrasada, donde desembarcaron antes que pueblo alguno de la vieja Europa los aventureros españoles. La ciudad que fundaron, y a la que dieron abolengo de valentía, espejábbase en el mar quieto de plomo, como si mirase fascinada la ruta que trajeron los hombres blancos. Confieso que en tal momento sentí levantarse en mi alma de hidalgo y de cristiano el rumor augusto de la Historia. Uno de mis antepasados, Gonzalo de Sandoval, había fundado en aquellas tierras el reino de la Nueva Galicia. Yo, siguiendo los impulsos de una vida errante, iba a perderme, como él, en la vastedad del viejo imperio azteca, imperio de historia desconocida, sepultada para siempre con las momias de sus reyes, entre restos ciclópeos que hablan de civilizaciones, de cultos, de razas que fueron y sólo tienen par en ese misterioso cuento remoto Oriente»¹.

El texto, en su confusión de elementos reales y fantásticos, es expresivo, más aún que de una vida vivida –parece obvio decirlo–, de una vida soñada, de esa otra existencia que imaginada, anhelada y raras veces conseguida, es patrimonio también de los seres humanos.

La otra verdad

Pocos casos tan ejemplares de ello como el de Valle-Inclán. Que, aunque inventara y fantasease de manera casi constante, no pretendía engañar a nadie –como mucho a él mismo–, sino disfrazar adversidades y alumbrar ilusiones y esperanzas. Así cabe entender el significado de unas palabras de su *Sonata de otoño*: «¡Salve, risueña mentira, pájaro de luz que cantas como la esperanza!»

Recuérdese a este respecto la respuesta que una hija del escritor –según cuenta Ramón Gómez de la Serna– dio a su padre cuando éste, en determinada ocasión, le preguntaba:

«—¿Por qué mientes, Mariquita?

¹ RAMÓN DEL VALLE INCLÁN, «Juventud militante (Autobiografías)», en *Alma Española*, 3 (27-XII-1903). Reproducido por José Esteban, *Valle Inclán visto por...* Madrid, Ediciones El Espejo, 1973, pp. 337-9.

»—Yo no miento... Yo digo como tú: la otra verdad».²

Y es que en la literatura puede hallarse —¡tantas veces!— no sólo la vida verdaderamente vivida sino esa otra verdad de la vida soñada, por el escritor y también, en ocasiones, por los lectores.

De la capacidad imaginativa de Valle-Inclán, por él derramada a manos llenas en tertulias de café, en conversaciones peripatéticas, permanece no sólo el recuerdo de quienes tuvieron la suerte de conocerle y escucharle, sino preciosos, curiosísimos testimonios escritos, en páginas de libros, diarios, revistas...

Así, cuando contestaba, en 1920, a un periodista (José López Pinillos, que firmaba con el seudónimo de *Pármeno*), que le interrogó sobre cómo le había conquistado el demonio de la literatura...:

«... ¡qué había de conquistarme! ¡Si yo despreciaba la literatura con todo el vigor del espíritu!... Y la abogacía. No había nacido yo para picapleitos, ni para registrador, ni para juez, ni para notario... Defender a bandidos sin grandeza y a labriegos embrollones, ser un zorro a la devoción de otros zorros..., ¡no, no!, y, para meditar seriamente y escoger un camino, me retiré a un casón ruinoso, que, abandonado por mi familia, se desmoronaba con serena lentitud en el bosque. Se cobijaba en él un criado tan viejo, que sirvió a mi abuelo, y tan bruto, que mató a su mujer, porque sospechó que le engañaba; pero que era para mí más humilde que un perro. Tanto que, cuando le castigaba con algún puntapié, solía decirme alborozado “Dios lle dé salú para aplicarme outro”.

»—¿Y le sabía servir aquel zopenco?

»—Me servía yo mismo, y habría pasado un delicioso mes si hubiese dispuesto siquiera de una choza. Pero ¡aquel casón!... Su guardián, para calentarse, había quemado los techos de las habitaciones de la planta baja, y así, la techumbre de mi dormitorio tenía la elevación de la bóveda de una catedral; llovía casi como en el campo, porque no se podían contar las goteras; de vez en vez, sobre todo en las noches de tempestad, gemían las vigas y se quejaban los muros, y continuamente —y esto era lo peor— galopaban iracundos, alegres o hambrientos, los ratones. ¡Decenas de ratones, centenas de ratones, miles de esos monstruos espantables de lomos huidizos y ojuelos de cristal, infinitamente más temibles, para las personas de nervios delicados que los tigres y las panteras!

»Sí. Lo que es los ratones... Ya quisiera yo ver a muchos guapos con una docenita de ratones en su alcoba.

»—Pues figúrese lo terrible que se hizo mi situación bajo la amenaza de tan fieros ejércitos. Las primeras noches se asustaban de la luz, y, dejando encendidas las velas de los candelabros, podía dormir; pero se acostumbraron en seguida, y con infernal audacia mordieron mis botas y pretendieron asaltar mi lecho. Me horroricé. ¡Aquellos

²RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, *Don Ramón María del Valle Inclán*, Buenos Aires, Espasa Calpe, Colección Austral, 1948, 2^a ed., pp. 134-5.

monstruos en mi lecho, junto a mis carnes, clavando en mis ojos sus ojillos!... Dos días velé, con el paraguas abierto, para defenderme de las goteras; pero me rendía el cansancio, y obligué a mi servidor a que se acomodase en un cojín en el suelo, a los pies de la cama, y a que maullase cada diez minutos.

»—Es soberbia la treta.

»—Pero no me sirvió, porque tenía que despertar veinte veces a puntapiés al galope de los maullidos, que se quedaba cuajado, y así, acorde colgar la cama del techo.

»—Magnífico. Pero ¿cómo subía usted?

»—Marineándome por una cuerda. ¡Y qué bien dormía después de tan sano ejercicio!... ¡Qué bien dormía, y qué bien reflexionaba mirando a través de los boquetes del techo las estrellas, y oyendo el vuelo de los buhos, los cárabos y las lechuzas! Y, reflexionando en mi lecho-hamaca, resolví dejar los libros y marcharme a América¹.

Valle Inclán va elaborando así su propio personaje literario —realidad y ficción confundidas en él—. Es este el Valle-Inclán protagonista de mil y una anécdotas —auténticas unas, otras erróneamente atribuidas—, figura fundamental de la vida literaria madrileña, singular en su apariencia y popularizada a través de retratos o caricaturas —tanto gráficos como literarios— ... Ramón Gómez de la Serna pudo así decir expresivamente de él que «Era la mejor máscara a pie que cruzaba la calle de Alcalá»² y Unamuno afirmó, en artículo publicado el 29 de enero de 1936 —el año de la muerte de ambos escritores—: «Vivió —esto es, se hizo— en escena. Su vida, más que sueño, fue farándula. Actor de sí mismo»³.

Itinerario de una vida

Valle-Inclán había nacido en Villanueva de Arosa —en la gallega provincia de Pontevedra— el 28 de octubre de 1866, el mismo año en que nacieron otros escritores tan excepcionales como Jacinto Benavente y Carlos Arniches. Sus padres eran don Ramón Valle Bermúdez y doña Dolores Peña y Montenegro. Tiempo adelante reuniría los apellidos de un antepasado suyo: don Francisco del Valle-Inclán, Rector de San Clemente en Santiago de Compostela.

Un itinerario de su biografía, aunque sea muy apresurado, permite recordar su infancia en la tierra nativa; sus estudios de la carrera de Derecho —no finalizados— en la Universidad de Santiago de Compostela; su primer viaje —muy joven aún— a Méjico; el regreso, a Pontevedra, y pronto, su venida a Madrid, donde residirá ya fundamentalmente, con ausencias temporales por viajes a Galicia, a América de nuevo, a los frentes aliados con ocasión de la primera guerra mundial, a Roma al ser nombrado director de la Academia Española de Bellas Artes en la capital italiana, de la cual regresará, ya muy enfermo, a Madrid, para, en seguida, retornar a Galicia, a Santiago de

¹ Reproducido por José Esteban, ob. cit., pp. 322-4.

² RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, ob. cit., p. 28.

³ En *Valle-Inclán visto por...*, op. cit., p. 227.

Compostela, desde donde emprenderá el viaje definitivo, a las catorce horas del día cinco de enero de 1936.

Y, al trazar este apunte biográfico, resulta curioso recordar cómo cuando, en el invierno de 1896 a 1897, Valle-Inclán llega a Madrid, va destinado, digitalmente —por gestión de su amigo el político González Besada— al Ministerio de Fomento, con una retribución anual de dos mil pesetas con cargo al presupuesto de las obras de restauración que se estaban realizando por entonces en la Catedral de León.

Y recordar, asimismo, a la esposa de Valle-Inclán, la actriz Josefina Blanco. La había conocido cuando ella, muy joven aún —no alcanzaba los veinte años— interpretaba breves papeles, como damita joven —según la terminología tradicional—, junto a la actriz María Tubau en el Teatro denominado entonces de la Princesa. Testimonios de aquel tiempo la describen menuda, vivaz, de ojos vivos, expresivos y voz acariciante. Era sobrina de otra actriz, Concha Suárez, y el ejemplo de ésta estimulaba y alentaba en Josefina la vocación escénica. Otra figura de la compañía era Sofía Alverá, que le habla muchas veces de un escritor en cuya personalidad —dice— hay una extraña, fascinante atracción: Ramón del Valle-Inclán. Josefina Blanco siente curiosidad por conocer al escritor del que tanto le cuentan. Y lo conoce, al fin, un día, en la casa de María Tubau y Ceferino Palencia. Encuentra en él cierto aspecto mefistofélico. Pero halla, a la vez, en la dulzura y la tristeza de sus ojos, algo del Jesús pintado por Antonio Muñoz Degrain en un cuadro que está alcanzando gran notoriedad en aquellos días. Muchos años después, en unas *Memorias*, Josefina Blanco contará su impresión de aquel lejano día:

«Hablabía, hablabía mesuradamente, dulcemente, con cierta musicalidad que acaso dependía, más que del tono, de las palabras armónicas, enlazadas sabiamente, sin afectación, con naturalidad... Tenía la voz aguda, de timbre un poco femenino, y un acusado defecto de pronunciación sellaba su parla, suave, con ligero acento de nacionalidad imprecisa. ¿En qué consistía aquel defecto de expresión? ¿Era labial? ¿Era lingüístico? ¿Qué letra rozaba el desconocido al hablar? ¿Era la ce? ¿Era la zeta? ¿La ese, tal vez? Atendí. Era la ese; pero no desfigurándola, sino destacándola, silbándola un poco... Toda la afectación que faltaba en la palabra estaba en las manos, cuyos movimientos parecían medidos y estudiados con arte. ¿Dónde había yo visto otras manos como aquellas?... ¿Dónde las vi? Las había yo visto hacía mucho tiempo. ¿Cuando? ¿Dónde? Me recordaban algo que vivía en mí misma; pero ¿qué era? ¿De dónde era?...»⁶

Josefina Blanco pasó de aquel teatro de la Princesa al de la Comedia. Y en éste, con la compañía de Carmen Cobeña y Emilio Thuillier, interpreta uno de los papeles de la comedia *La comida de las fieras*, de Jacinto Benavente. Y en esta interpretación va a coincidir nuevamente con Ramón del Valle-Inclán, que representará también un

⁶ Vid. Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid, Editora Nacional, 1943, pp. 112-113.

papel en la obra. El escritor —que cuenta ya treinta y dos años— vive difícilmente, con muchos apuros —que han de acompañarle casi siempre a lo largo de su existencia—, de la literatura. Los libros que ha publicado hasta ahora se venden apenas (del primero, cronológicamente, titulado *Femeninas. Seis historias amorosas*, de 1895, se vendieron tan sólo quince ejemplares, y el autor anunció su propósito de arrojar la edición a una alcantarilla...)⁷. Esto le hace pensar en la posibilidad del teatro como una solución, aunque sea momentánea, para estos días ásperos: ¿Por qué no ser actor, mientras llega la hora del triunfo? Jacinto Benavente, fraternal amigo suyo, que ha estrenado ya algunas obras, recomienda al escritor para que sea contratado en el teatro madrileño de la Comedia. Algunos manifiestan su extrañeza porque Valle-Inclán quiera dedicarse al mundo de la farándula...

«—Sí —explica don Ramón—, deseo que Emilio Thullier aprenda hacer comedias..»

Pero el autor de *Femeninas* no quiere quitarse, en su nueva profesión, la barba y la melena... Entonces, Benavente imagina para su nueva obra, *La comida de las fieras*, un tipo que vaya bien al aspecto de su amigo. Y crea el personaje de Teófilo Everit, que es un poeta de los por entonces llamados «modernistas» y que por su manera de hablar, por sus gestos y preferencias da testimonio de un clima literario y artístico que está entrando en la vida española.

«¡Valiente chiflado! —dice de Teófilo en *La comida de las fieras* otro personaje en la subasta que se lleva a cabo en una de las escenas— ¡Será capaz de comprar una ca-sulla!». Se habla de un cuadro de Tiziano. Y Everit dice: «—No, de autor desconocido; así dice el catálogo, y por eso me agrada. ¡Oh, qué retrato! Una dama italiana del Renacimiento; una patricia tristemente altiva, con la altivez desolada de las cumbres solitarias; sugestiva como la Gioconda de Leonardo o la Nelly de Reynolds; con los ojos glaucos, felinos, y las manos... ¡Oh, las manos!... Dignas de un soneto de Rosetti..., manos liliales... *Made to be kissed and to bless*». Tras estas palabras de Teófilo, otro personaje, una muchacha, Teles, comenta: «¡Por menos cosas encierran!»⁸.

Valle-Inclán se desenvuelve escénicamente con soltura. («Lo estoy viendo —evocará un día Azorín—, a la derecha del escenario, en la Comedia, sonriendo irónicamente al público»). Los críticos citan su nombre al día siguiente entre los de todos los intérpretes, sin especial mención. Francisco Fernández Villergas, que firma en el periódico «La Época» con el seudónimo de Zeda, quiebra ese tono general y elogia «el aplomo y discreción del debutante». Ello no podía sorprender demasiado en quien hacía cotidianamente representación de sí mismo.

Más adelante, actúa Valle-Inclán —un papel también corto— en la adaptación escénica que de la novela de Alfonso Daudet *Los reyes en el desierto* ha hecho Alejandro

⁷ *Vid. sin embargo el parecer favorable de Juan Ramón Jiménez en José Montero Padilla, «Un juicio poco conocido de Juan Ramón Jiménez sobre Valle Inclán», Quaderni Iberoamericani, 23 (1959), pp. 501-2.*

⁸ JACINTO BENAVENTE, *La comida de las fieras*, en *Obras Completas*, Madrid, Imprenta de Fortanet, 1904, t. II, pp. 200 y 209.

Sawa. Ya no volverá a trabajar, profesionalmente, como actor.

Sí lo hará, en cambio varias veces, en El Mirlo Blanco, el teatro privado de los Baroja. En una de ellas —era el día de los Santos Inocentes— hizo el personaje de Brígida, del drama de Zorrilla *Don Juan Tenorio*...

Ricardo Baroja evocaría plásticamente, en delicioso texto, aquellas representaciones de aficionados:

«El Mirlo Blanco, teatro que tenía su sede en el comedor de mi casa, estaba pleítico de éxito. Había hecho gemir a la prensa periódica con alabanzas y encomios. La severa crítica teatral embotaba punta y filo del buido escalpelo cuando se trataba del Mirlo Blanco.

»Allí tuvieron incomparables representaciones obras de muchos autores españoles y extranjeros. Entre ellos, *Ligazón*, de Valle Inclán, alcanzó clamoroso éxito. No así la de *Los cuernos de don Friolera*. La actuación menos que mediana del que estas líneas escribe deslució la parte en la que interviene. Pero tanto éxito, tanta alabanza, empachaban al elenco distinguidísimo que actuaba en El Mirlo Blanco. Era aquello demasiado almíbar, y para contrarrestar la dulzaina, se pensó en dar una representación de *Don Juan Tenorio*. A final de año. El día de Inocentes. Una señora rozagante y bastante metida en carnes exigió para ella el papel de don Gonzalo de Ulloa. Entonces, Valle, que tenía sus pretensiones al papel de Doña Inés, papel que por unanimidad no le fue encargado, se incomodó y dijo:

»—Ya que las intrigas, que en este como en todo teatro se manifiestan, me han arrebatado el papel de doña Inés, haré el de doña Brígida. Si no es así, ni hay Don Juan, ni hay Mirlo ni hay nada.

»Ante tan irredicible actitud, no hubo más remedio que entregarle el papel. Es decir, no hubo que entregárselo, porque Valle-Inclán se lo sabía de memoria.

»La memoria de Valle-Inclán era algo portentoso. Le he oído recientemente recitar en el café Nuevo Levante, de la calle del Arenal, todo entero, de cabo a rabo, sin equivocarse en una palabra, su precioso cuento titulado *Flor de santidad*. Le he visto en la plaza de Oriente decir a todos y cada uno de los reyes que forman círculo alrededor de Felipe IV un pasaje de la Historia, de leyenda; un verso alusivo, de un romance o de una comedia.

»La representación de los primeros cuadros de la obra maestra de Zorrilla iba adquiriendo caracteres de catástrofe; pero cuando se presentó Valle-Inclán, no pudimos reprimir un movimiento de asombro, quizá de terror. Por el estrecho resquicio que dejaba un velo de fantasma salía una larga nariz y, a caballo sobre ella, los cristales de las gafas. La figura fatídica comenzó a gargarizar los versos de Zorrilla con tan gracia ironía, con tal intención, que el contraste entre lo fúnebre de la silueta y lo que decía era de suprema vis cómica. Aquello de

Será un mripio
que traerá la poesía

fue golpe de gracia para el público y para los actores. Todos reían a carcajadas, y la pobre Doña Inés salió corriendo por la boca del escenario para ir a no se sabe dónde.

»Valle-Inclán se quedó solo en escena. Actores y público irrumpieron en las tablas para ovacionarle. Y doña Brígida sacó entre los pliegues negros de su manto las barbas fluviales que ya empezaban a agrisarse.

»Allí terminó la función, porque lo que pasó después no merece la pena contarla. Fue que Valle-Inclán, dos amigos más y el que esto escribe cantaron, eso sí, de manera infame:

Son las mujeres de Babilonia...
Etc., etc., etc.

»Yo creo que mis dos amigos y yo lo hubiéramos hecho regularmente sin el cuarto corista, don Ramón del Valle-Inclán. Este poseía tal oído para la música, que de seguro confundía el sonido del violín con el del bombo»⁹.

Josefina Blanco y Ramón del Valle-Inclán se casaron, el 24 de agosto de 1907, en la madrileña iglesia de San Sebastián, un templo que cuenta con larga tradición literaria y artística, que atrae la devoción de escritores, de comediantes... Junto a él se hallaba, en el siglo XVIII, el cementerio donde transcurre la acción de las *Noches lúgubres*, de José Cadalso. Y en esta iglesia se habían casado Gustavo Adolfo Becquer y Casta Esteban, y el torero Rafael Gómez «El Gallo» con la bailarina Pastora Imperio... y fueron bautizados José Echegaray y Jacinto Benavente... Y junto a estas puertas se situaban para pedir limosna el moro Almudena y los demás mendigos que Pérez Galdós llevó a las páginas de su novela *Misericordia*...

Muchos años más tarde, acabarían separándose –el día 19 de diciembre de 1932 judicialmente–. No hubo para ello más causas que eso que se llama, con expresión consagrada, «Incompatibilidad de caracteres», y las dificultades de la vida de cada día, y de la convivencia... Pero el amor era cierto en ellos y por él renunció Josefina Blanco a su trabajo de actriz... A ello encontramos referencia en una entrevista realizada por Gregorio Martínez Sierra a Valle-Inclán –«Hablando con...»– y publicada en el diario ABC el 7 de diciembre de 1928: «A su lado –describe Martínez Sierra–, Josefina Blanco, la en otro tiempo fascinadora actriz, la de la voz de oro, a quien arrancó del tablado de sus triunfos el amor tiránico de este hidalgo que no quiso partir con el público la posesión de la deseada, habla de prisa y calla con elocuencia. También ella es invariable y siempre ella. Tal vez este elemento de inverosímil fidelidad a sí mismos les ha unido en mutua fidelidad duradera...»¹⁰

Apuros y ayunos

Aludíamos antes, de pasada, a dificultades, a apuros en el vivir cotidiano de don Ramón... Ello no constituye novedad, ciertamente, en la vida de un escritor, y de un puro escritor y escritor puro que vivió únicamente por y para la literatura, aunque para tales dificultades existan, como en todo, grados. En el caso de Valle-Inclán esos apu-

⁹ *Valle-Inclán visto por...*, ob. cit., pp. 189-191.

¹⁰ *Vid. Valle-Inclán visto por...*, ob. cit., p. 296.

ros, muy ásperos a veces, le acompañaron casi siempre, aunque jamás pudieron doblegar o abatir su estoicismo, su independencia, su orgullo humano y de escritor. Recién llegado a Madrid, vive sólo con setenta y cinco pesetas para todo el mes, con las que atiende al alquiler –veinticinco pesetas– de una habitación en la casa número 3 de la calle de Calvo Asensio y a la compra de té, azúcar y alcohol. Cuando unos amigos saben que, para abrigarse en la cama, no dispone más que de su traje y de algunos periódicos, pretenden entregarle unas mantas... «–Pero si los periódicos –les argumenta– precisamente para lo único para lo que sirven es para abrigar...» Ello no obstante para que, en una ocasión, en episodio que Ramón Pérez de Ayala recogerá en su novela *Troteras y danzaderas*, al ver una camilla rodeada de gente, entregue esas setenta y cinco pesetas que constituían todo su capital para un mes: «Un albañil que se ha caído del andamio» –le dicen–. El pobre hombre no ha muerto pero «quedará inútil para toda su vida», por la pérdida de un brazo. En ese momento, alguien recuerda la existencia de un aparato ortopédico que podría rehabilitarle para el trabajo y que cuesta precisamente setenta y cinco pesetas, pero «como él no tiene las setenta y cinco pesetas ni quien se las dé», indica un médico que se halla en el lugar del accidente... «–¿Y quién ha dicho a usted que no tiene quien se las dé...» –interviene don Alberto del Monte-Valdés–. «Yo se las daré»¹¹

En 1904, un escritor y periodista, Cristóbal de Castro, efectúa a diversos autores una encuesta en la que pregunta: «¿Cuándo ha ganado usted con sus libros?» Y Valle le envía la siguiente respuesta:

«Querido D. Cristóbal: Yo, hasta ahora, jamás he ganado cosa alguna con mis libros. De los primeros he vendido hasta cinco o seis ejemplares; de los últimos vendo algunos más, pero nunca lo bastante para costear las ediciones.

»Todas mis esperanzas están puestas en un libro que publicaré dentro de algunos días: *La sonata de Primavera*. Seguramente se venderán algunos centenares de miles, y con el dinero que me dejen, pienso restaurar los castillos del *Marqués de Bradomín* y comprarme un elefante blanco, con una litera dorada, para pasearme por la Castellana». ¹²

Cipriano Rivas Cherif, amiguísimo de Valle-Inclán, cuenta en un extenso artículo aparecido en la revista *La pluma* del año 1923:

«Don Ramón no comía, ayunaba por prescripción facultativa, como había hasta entonces ayunado muchas veces por no tener qué comer. Hasta hace muy poco no le he oído alardear ante un sangrante solomillo de café, de la virtud del ayuno, practicada por él en los años de bohemia descarada, en holocausto a la fe literaria en su pro-

¹¹ RAMÓN PÉREZ DE AYALA, *Troteras y danzaderas*, Madrid, Editorial Pueyo, 1930, vol. VI de sus *Obras Completas*, pp. 14-15. Cfr. M. Fernández Almagro, ob. cit., p. 49 y Andrés Amorós, *Vida y literatura en «Troteras y danzaderas»*, Madrid, Castalia, 1973, p. 33.

¹² RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN, *Entrevistas, conferencias y cartas*, Valencia, Pre-textos, 1994, p. 13.

pia obra. Cuando lo practicaba no lo decía. Es más, si no se salpicaba las barbas de migajas los días que no lo probaba, interrumpía la compañía de sus camaradas para engañar el tiempo de la cena. La hora del almuerzo la pasaba en la cama»¹³

Y Juan Ramón Jiménez, en artículo publicado en el diario *El Sol* el 26 de enero de 1936, recuerda:

«... Se moría de hambre algunos años y no lo decía. Yo he pensado luego muchas veces que aquel día de nieve, aquella noche de fiesta, aquella tarde de cementerio, Valle-Inclán andaba con nosotros sin comer. Y yo estaba entonces tan fuera de la realidad, y él también, estando tan dentro, que ni él ni yo nos dábamos cuenta de ello»¹⁴

Testimonio singularmente patético de estas situaciones es una carta del propio Valle-Inclán, fechada a 27 de julio de 1932, dada a conocer por Fernández Almagro, en la que dice:

«Mi querido C.: Recibí su buena carta. Estoy abrumado. Ayer empeñé el reloj. Ya no sé la hora en que muero. Como tengo que cocinar para los pequeños, el fogón acaba de destrozarme la vejiga. Ni salud ni dinero, y los amigos tan raros. Por eso le agradezco doblemente su carta. Si en mi experiencia, desengañada, ya no puedo acogerme a ninguna esperanza, me trae un consuelo. No crea usted, sin embargo, que me desespero. Yo mismo me sorprendo de la indiferencia con que veo llegar el final. He convocado a los hijos y les he expuesto la situación. También ellos tienen el alma estoica. Les he dicho: "Hijos míos, vamos a empeñar el reloj. Después de comernos estas cien pesetas, se nos impone un ayuno sin término conocido. No es cosa de comprar una cuerda y ahorcarnos en reata. No he sido nunca sablista y quiero morir sin serlo. Creo que los amigos me ayudarán, cuando menos para alcanzaros plazas en los asilos. Yo me acogeré al Asilo Cervantes. Allí tengo un amigo: D. Ciro Bayo". Como pequeños héroes, se tragaron las lágrimas y se han mostrado dispuestos a correr el temporal sin darle demasiada importancia. En rigor, no la tiene, y si alguna vez yo se la he dado, es porque me salgo del hecho cotidiano de una familia sin recursos, con el padre enfermo. Tal dolor vulgar, repetido a diario, no merece sacar el Cristo de mi nombradía literaria. Esta condición mía acentúa el episodio, dándole importancia; pero eso es ante la opinión ajena, no para mí. Lo que más me obsesiona es el pensamiento de no poder morir tranquilo: ver llegar despacio la muerte en las tardes serenas. Cerrar para siempre los ojos, sin que el ínterin me aflija o inquiete por carecer de algún dinero. Escríbame, querido amigo. Siempre suyo...»¹⁵

Tremenda carta que trae el recuerdo de otras, igualmente desdichadas, de Lope al duque de Sessa... ¿Representación todavía en Valle-Inclán? Acaso sí, pero de la tragedia que, en ocasiones, fue su vivir y su desvivirse.

El nombramiento en Roma –director de la Academia Española de Bellas Artes en

¹³ En *Valle-Inclán visto por sí mismo...*, ob. cit., p. 70.

¹⁴ JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, «Ramón del Valle-Inclán (Castillo de quema)», en *El Sol*, 21 de enero de 1936.

¹⁵ M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, ob. cit., pp. 269-70.

la capital italiana— va a suponer un alivio pasajero —sólo pasajero— para sus adversidades.

Pero la muerte está cerca. Y el escritor la siente aproximarse, día a día, con mayor certidumbre cada vez. Antes de ir al que será su último sanatorio, en Santiago de Compostela, poco antes, escribe estos versos:

«Voy caminando entre escombros.
La alforja del infortunio
agobia mis viejos hombros.
Halo de trémula albura,
un aceite de difuntos
alumbra mi noche oscura.
Voy en la noche de lutos,
la boca muda a la queja,
los ojos al llanto enjutos.
Muerte bienaventurada,
toda mi esperanza cifro
en llegar a tu posada.»

Llegará a ella, en efecto, a la posada de la muerte, el 5 de enero de 1936, a las dos de la tarde, a consecuencia de un cáncer. Como en el poema que le dedicará después Gerardo Diego,

«Este gran don Ramón que fuera ¿cuántas cosas?
barbas de chivo, apóstol manco,
barquero de la Estigia, Bradomín de las rosas,
es ya un fantasma blanco, blanco».